



El Estado como objeto: fundamentos y recomendaciones para una política ultrarracional

José Carlos Cañizares

Introducción y contexto

El historiador y filósofo de la ciencia Thomas S. Kuhn distinguió, en la evolución de las ciencias, dos etapas netamente distintas y complementarias que denominó *ciencia normal* y *ciencia revolucionaria*. La ciencia normal avanza mediante la consolidación de un paradigma conceptual y técnico, o “matriz disciplinar” cuya aplicación sucesiva y repetitiva a fenómenos de características semejantes arroja resultados acumulativos que, sin embargo, no alteran la estructura fundamental de la matriz ni, en consecuencia, las praxis de los grupos de investigación correspondientes. En contraste, la ciencia revolucionaria surgiría cuando la aplicación de una matriz disciplinar dada se sobredimensiona hasta hacer evidente sus propios límites. Aparecen anomalías, teorías cardinales de la matriz no explican ciertos resultados experimentales, los instrumentos y prácticas tradicionales dejan de servir, etcétera: la matriz disciplinar es ahora disfuncional. Empiezan entonces a proliferar grupos de investigación que proponen matrices disciplinarias alternativas: se intensifican las variaciones en los procedimientos, el sentido común se resquebraja y muchos científicos comienzan a hacer filosofía y análisis conceptual.

Según el historicismo de Kuhn, pues, la ciencia normal propiciaría cambios acumulativos, lentos e inesenciales, mientras que la ciencia revolucionaria daría lugar a cambios rápidos, esenciales y, a veces, deflacionarios; se sustituyen o desaparecen entidades teóricas, formas de explicación, hábitos y procedimientos, e incluso las disciplinas mismas desaparecen o cambian profundamente. De este modo, el siglo XVIII habría visto el relevo de la alquimia por la química.



Esta idea kuhniana de desarrollo fuertemente no lineal hizo fortuna e inspiró a investigadores de otras áreas del saber. Así, en 1972 los biólogos Eldredge y Jay Gould propusieron una modificación de la teoría de la evolución que es conocida como "teoría del equilibrio puntuado". Contra una tendencia dominante entre los biólogos de su tiempo, estos autores conciben la evolución de las especies como una alternancia entre épocas de equilibrio donde dominan las mutaciones y cambios selectivos progresivos, y épocas de interrupción en equilibrios ecológicos, que vendrían marcadas por procesos rápidos e intensivos de reestructuración genética y, en muchos casos, por la desaparición de especies. Del mismo modo, en la economía encontramos industrias, países y épocas de crecimiento sostenido a los que, por sobredimensionamiento o saturación de mercado, sucede una burbuja más o menos local que conlleva una interrupción en los métodos y hábitos dominantes, una reestructuración o deflación del sector relevante, o una crisis nacional aguda con consecuencias imprevisibles. Pero esta lectura del cambio se extiende también a la vida cotidiana, donde sucesos o acontecimientos inesperados y radicales nos obligan a veces a modificar sustancialmente nuestras costumbres. Así sucede con el enamoramiento, la muerte de un familiar, el cambio de trabajo o ciudad, ganar la lotería y otros accidentes.

¿No es lícito decir que esta época que vivimos constituye un momento revolucionario en el que nuestras sociedades, nuestra economía, nuestro Estado y aun nuestras vidas en general, y desde muchos puntos de vista, están en juego y deben ser transformados? Podríamos entonces clamar: ¡Críticos!

¡Aprovechad que la gente no tiene dinero para comprar, porque ahora os prestarán atención, y aun creerán que decís algo importante!



Por otra parte, ¿no es cierto que en nuestro mundo lo revolucionario ha ganado para sí un estatuto de normalidad irrevocable, de modo y manera que la normalidad ha dejado de existir y la excepcionalidad se ha hecho regla? ¿No es asimismo cierto que, al mismo tiempo que la revolución es permanente, la proliferación de diferencias, cambios y reajustes profundos que la acompaña ya no constituye, en los términos en que se da, más que un retorno indefinido de lo mismo, una acumulación caótica e incondicionada de cambios tan aparentemente radicales como efectivamente insustanciales? ¿Acaso existe una valoración social positiva para algún procedimiento, doctrina o proyecto colectivo que interfiera con las causas materiales o con los fundamentos teóricos de este gradiente sostenido de cambio acelerado, ya sea para eliminarlo o, al menos, para reducir su impacto?

Objetivos de la ponencia

En mi ponencia defenderé que los compromisos objetivos que nuestra civilización ha contraído, y de los cuales no se puede desprender fácilmente, son causa directa del establecimiento de un estado revolucionario permanente que niega cualquier cambio fuera de sus términos, pero invita y aun obliga al refuerzo individual e institucional de todo cambio posible dentro de esos mismos términos, produciendo una realimentación de esta tendencia que deviene en inestabilidad psicológica y social permanentes, y sin embargo deseables. En este sentido, cuando hablo de compromisos objetivos de nuestra civilización, me refiero al núcleo básico de valores, ideas y procedimientos que subyacen a la democracia liberal occidental, los cuales son más o menos explícitos pero, en todo caso, operativos.

A fin de demostrar esta tesis, me valdré del método ultrarracionalista. Como se sabe, el **Ultrarracionalismo** es un movimiento literario-pictórico que usa la

lógica para explorar los límites de la realidad y extraer conclusiones que puedan resultar útiles para el avance de la sociedad, las artes o la investigación antropológica¹. En



particular, el ultrarracionalista entiende que existen dos modos de conocimiento privilegiados para los humanos. El primero es un conocimiento técnico-objetual que se afana en la búsqueda de soluciones en el interior de un marco lingüístico o técnico prefabricado. A partir de este marco, laboramos y combinamos elementos, traducimos fórmulas útiles e importamos y exportamos elementos de otras áreas: se recibe un esquema y se lo repite, reelabora y perfecciona. En ningún momento aparece aquí el hombre como unidad de acción que trabaja junto a otras unidades de acción similares a él, y que lo hace sirviéndose de sistemas de instrumentos que ostentan sus modos de uso propio. Las matemáticas, los computadores o los misiles son instrumentos de esta clase, como lo es también el Estado.

Pero existe un segundo modo de conocimiento, que es aquel por el cual los hombres contemplan el esquema anterior con conciencia plena de sus aspectos. Se ven entonces los hombres a sí mismos como manada actuante y técnica entre otras manadas actuantes y técnicas, es decir, observan los nexos entre su hacer diario y el de los animales que les son más semejantes. Comprenden que ellos proceden de estos animales en su ser y su saber, y que constantemente les observan e imitan, compartiendo con ellos tanto peligros como soluciones, si bien según modalidades y formas nuevas en cada especie y ocasión. En suma, el hombre se ve a sí mismo como animal conectado con un todo de agrupaciones locales; y reconoce su animalidad al ver a los grupos de trabajadores realizando actividades impuestas por sus necesidades y afectos, y coordinadas en virtud de sus habilidades e instrumentos. Ahora bien, este reconocerse en su animalidad es, en los raros casos en que se da, precisamente lo único que aparta al hombre de la animalidad misma.

¹ *Manifiesto del Ultrarracionalismo*, p. 21 (<http://www.homovelamine.com/index.php?numero=-12&pagina=21>)

A esta forma de aproximación al conocimiento el ultrarracionalista la llama **filosofía o biología trascendental**².



De acuerdo con el inequívoco espíritu integracionista que este segundo género de conocimiento prescribe, nos aproximaremos a la acción humana distinguiendo en la acción misma dos tipos de entidades: sujetos y objetos. Los sujetos tienen un conjunto de capacidades y una psicología propias; sin embargo, aunque las personas pueden ser sujetos en virtud de sus capacidades, también podrían ser objetos en base a esas mismas capacidades. En cuanto a los objetos, ya sean naturales o artificiales, comparten una serie de rasgos por su esencia: trataremos de determinar cuáles sean éstos. Por otra parte, también los objetos pueden diferenciarse los unos de los otros de muchas maneras.

En esta ponencia distinguiremos a los objetos, preferentemente, según su ámbito de actividad. A este efecto, hemos seleccionado algunos ámbitos de actividad por considerarlos de especial interés a nuestros propósitos. Estos ámbitos serán: la **Religión**, la **Ciencia**, la **Industria**, el **Consumo** y el **Entretenimiento**, y la **Política**. Conservando en mente los rasgos que un objeto tiene en cuanto tal, procuraremos ahora identificar características peculiares que los objetos tienen según su pertenencia a un ámbito de acción particular. Sobre todo, nos esforzaremos en mostrar cómo estas características intervienen en ciertos mecanismos de acción típicos de cada uno de los ámbitos de acción, forjando una relación particular entre los sujetos y los objetos en dichos ámbitos. Por último, se expondrán algunos rasgos interesantes que emergen de las interacciones entre todos estos ámbitos de acción y entre los sujetos y objetos participantes en ellos, ya que es obvio que estas interacciones se producen, y nos interesa preguntar cómo lo hacen.

Hemos mencionado a la Política como un ámbito de acción separado de los otros, y un objeto eminente en la Política es el **Estado**. Todos los ámbitos de acción están, empero, relacionados entre sí y, más que de una Política, cabe hablar de una Transpolítica extendida sobre la humanidad entera, o bien de una

² *Manifiesto por una Biología Trascendental*, inédito (ver ficha del Congreso CENDEAC: <http://sinunfranco.es/?p=63>).

dimensión política extendida sobre la acción humana en general. En este sentido, el Estado es un objeto más entre otros; y, si pertenece a la cultura, lo hace para ayudar a las personas a perseverar en el ser, o a sobrevivir. Sin embargo, pudiera ser que el Estado ya esté obsoleto, es decir, pudiera ser que el Estado fuera ya disfuncional en tanto que objeto político, y que su persistencia presente y en lo sucesivo fuera, por tanto, peligrosa o contraproducente para la supervivencia o, al menos, el bienestar ciudadano. Ahora bien: lo mismo puede decirse de otros objetos, capacidades o formas de acción dominantes en la actualidad, e incluso de la totalidad de ellos, entendida como conjunto interconectado y corremitante.



Del análisis precedente, el Ultrarracionalismo extrae una serie de conclusiones, las cuales pueden encerrarse en dos: que no existe tal cosa como un “progreso de la humanidad”, sino más bien todo lo contrario; y que, aunque la democracia no existe, la mera posibilidad de su existencia sería indeseable.

Por todo lo anterior, el Ultrarracionalismo recomienda abandonar cuanto antes cualquier pretensión de racionalidad, y asumir la derrota de la civilización como una victoria de la naturaleza *qua* espectáculo intrascendente. Proclama, por otro lado, que este espectáculo intrascendente no sólo debe proveer a las personas de un propósito existencial, sino también elevar un canto gozoso a la flexibilidad y mutabilidad de la vida espectacular. A este fin, concluiremos nuestra ponencia presentando algunas actualizaciones ultrarracionales con potencial revolucionario; sólo ellas nos mostrarán cómo no caer en el desasosiego o, lo que sería aún peor, en la ingenuidad.